



### MARCUSE: LA DIALECTICA DEL PRINCIPIO DEL PLACER Y EL PRINCIPIO DE REALIDAD

DIEGO SABIOTE NAVARRO

El pensamiento de **Herbert Marcuse** se hace ininteligible sin la base antropológica sobre la que está sustentado y estructurado. Desde ésta toman cuerpo y se explican los postulados sobre el hombre roto por el peso de la civilización y las correspondientes promesas que apuntan a la libertad, la felicidad y el placer. Desde esta perspectiva, Marcuse no está tan preocupado en revelar, a nivel especulativo, los principios inmutables de la naturaleza humana, como ha sido corriente en los planteamientos antropológicos más generalizados de nuestro siglo <sup>1</sup>, como en denunciar las circunstancias que impidieron el nacimiento de una vida humana más plena. O dicho en otras palabras: el hombre propiamente dicho no tuvo la oportunidad en su devenir histórico para desarrollar sus grandes potencialidades y crear su propia imagen. La naturaleza humana no es tanto una conquista que se fragua y mira hacia el pasado, cuanto una promesa abierta al porvenir y futuro histórico. En este sentido, la reflexión antropológica de Marcuse puede ser considerada como una nueva aportación al estudio, siempre iniciado y nunca concluido, de la antropología.

#### EL HOMBRE COMO "SER HISTORICO-SOCIAL"

En el pensamiento de Marcuse hay, desde sus obras más tempranas hasta las de más reciente actualidad, una fina sensibilidad para acercarse a la realidad desde una óptica histó-

- (1) Cf. M. SCHELLER: *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires <sup>9</sup>1981; A. GEHLEN: *El hombre*, Salamanca 1977; H. PLESSNER: *Die Stufen des Organischen und der Mensch*, Berlin <sup>2</sup>1965; E. CORETH: *¿Qué es el hombre?*, Barcelona 1978; M. BUBER: *¿Qué es el hombre?*, México <sup>6</sup>1970; M. LANDMANN: *Antropología filosófica*, México 1971; W. PANNENBERG: *¿Qué es el hombre?*, Barcelona 1976.

rica y social. En el caso concreto de la realidad hombre, rehuye todas aquellas concepciones que lo afrontan con categorías inmutables e ideales exentas o separadas desmedidamente de las coordenadas histórico-sociales sin las que se hace imposible el acceso al hombre real. Ello no quiere decir que Marcuse caiga en la trampa positivista de explicar o reducir al hombre a un momento de su desarrollo social. Nada más lejano al pensamiento de nuestro autor. Al afirmar que "*la realidad humana es historia*"<sup>2</sup>, en una de sus obras más significativas, *El hombre unidimensional*, Marcuse da la clave interpretativa de su pensamiento antropológico. Es decir, el hombre enajenado y el hombre avocado a esperanzas utópicas de liberación, el hombre debilitado por el peso de una civilización represiva y el hombre que traza con firmeza los caminos de otra enteramente distinta puede encontrar dentro de su mundo concreto las razones de sus dichas y desdichas. Los grandes males de la humanidad no están determinados por causas "metafísicas" infranqueables e insoslayables, sino por causas históricas y sociales bien precisas. O dicho de otro modo, el hombre se constituye biológica, psíquica y socialmente bajo el peso de la realidad y devenir histórico<sup>3</sup>. Desde estos presupuestos, Marcuse adopta una actitud crítica incómoda, ya que donde otros ubican sus especulaciones antropológicas bajo el cerco idealista o el metafísico, con las consiguientes conclusiones un tanto apresuradas que se desprenden de esta forma de proceder en la que el hombre es concebido según sus últimos resultados constitutivos aparienciales, él trata de seguir las huellas del hombre no centrándose en una etapa de su desarrollo social sino englobándolo dentro de todos los momentos condicionantes en que el hombre queda configurado, sin necesidad por ello, de rehuir el concepto de hombre que ha llegado a ser dentro de una sociedad dada. Simplemente queremos decir, con Marcuse, que el hombre contemporáneo, como el hombre del futuro, se hace ininteligible si no sobrepasamos aquellas esferas de su pasado en las que el hombre llegó a ser lo que es, ya que, la realidad configurante de las potencias, necesidades y satisfacciones del hombre "*es un mundo socio-histórico*"<sup>4</sup>.

Marcuse, fiel a su trayectoria crítica, aun cuando muestre simpatías hacia el pensamiento hegeliano, por pertenecer éste a la avanzadilla del progresismo filosófico, conecta más directamente con el método de análisis legado por Marx: la dialéctica materialista: "*La totalidad donde se mueve la teoría marxista es diferente de la filosofía de Hegel, y ésta diferencia indica la diferencia decisiva entre la dialéctica de Marx y la de Hegel. Para Hegel, la totalidad era la totalidad de la razón, un sistema ontológico cerrado, idéntico en última instancia al sistema racional de la historia. El proceso dialéctico de Hegel era pues, un proceso ontológico universal, en el que la historia se modelaba según el proceso metafísico del ser. Por el contrario, Marx desliga la dialéctica de esta base ontológica. En su obra, la negatividad de la realidad, se convierte en una condición histórica que no puede ser hipostasiada como situación metafísica... El método dialéctico, pues, se ha con-*

(2) MARCUSE, H.: *El hombre unidimensional*, México<sup>3</sup>1968, p. 270.

(3) Al hacer Marcuse uso del concepto "histórico" conviene entenderlo no en el sentido historicista al estilo de Dilthey, Husserl y Heidegger, sino más bien en el sentido que le da Marx. Cf. M. JAY: *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Fráfurt*, Madrid 1974, pp. 136-140.

(4) MARCUSE, H.: *Eros y civilización*. Barcelona 1968, p. 25.

vertido por naturaleza propia en un método histórico... La dialéctica toma los hechos como elementos de una totalidad histórica definida, de la cual no pueden ser aislados" <sup>5</sup>.

A la luz de estos planteamientos, Marcuse lleva a cabo una lectura de Freud enteramente nueva. En ella, los conceptos y los procesos naturales biológicos osificados y ahistóricos freudianos reciben de Marcuse un nuevo ímpetu al ser recapturada su sustancia histórica. Con la recuperación de los componentes socio-históricos de los procesos y las vicisitudes instintivas, Marcuse sin separarse del método conceptual utilizado por Freud arribará a resultados, en algunos casos, opuestos y, en general, más optimistas.

## LA HISTORIA "ALIENADA" DEL HOMBRE

### a) Rechazo del "neofreudismo".

El pensamiento de Marcuse encuentra en Freud el puntal más firme y seguro de su "construcción" antropológica. Los conceptos básicos del edificio antropológico de Marcuse son tomados de la antropología y psicología freudianas. Estas contienen "los conceptos para la crítica psicológica del más altamente apreciado logro de la era moderna: el individuo" <sup>6</sup>. Mas al adelantar esta afirmación nos vemos obligados a soslayar todo posible equívoco interpretativo. Es decir, la inflexión del pensamiento de Marcuse en la antropología y psicología freudianas no significa aceptación incondicional del campo ensanchado y abierto hasta la desfiguración por la reflexión psicoanalítica posterior. Hay, pues, un gran empeño por parte de Marcuse en recurrir al armazón conceptual más originario y radical del pensamiento de Freud, eludiendo críticamente las deformaciones del "revisionismo neofreudiano" <sup>7</sup>.

Los revisionistas neofreudianos, como Erich Fromm, Karen Horney, Harri Stack Sullivan, Clara Thompson, etc., constituyen en la actualidad la rama más popular del psicoanálisis. Pero esta popularidad ha sido a costa de hacer grandes concesiones a los factores culturales y sociales establecidos, al tiempo que se abre un proceso de revisión mitigadora de la concepción y los conceptos más genuinos del psicoanálisis freudiano. El resultado de esta postura revisionista, como trata de demostrar Marcuse, es que "la teoría psicoanalítica se convierte en una ideología" <sup>8</sup>. La escuela neofreudiana suaviza la radicalidad infranqueable de extremos inconciliables tales como individuo y sociedad, hechos biológicos y hechos culturales, principio del placer y principio de realidad, etc. Pero donde más se deja sentir el daño ocasionado al sistema freudiano es en el trato que se hace del psicoanálisis entendido como ciencia y teoría filosófica. La escuela revisionista supedita la teoría a la terapia, minimizando y eliminando todos aquellos conceptos especulativos que se resisten a la verificación clínica: el instinto de muerte, la hipótesis de la horda primitiva, el asesinato del padre original y sus consecuencias, etc. Aún más, en este pro-

(5) MARCUSE, H.: *Razón y revolución*. Madrid 1972, pp. 306-307.

(6) MARCUSE, H.: *Eros y civilización*, p. 219.

(7) *Ibid.*, p. 219.

(8) *Ibid.*, p. 220.



ceso de revisión hasta algunos de los más decisivos conceptos de Freud tales como la relación entre el *id* y el *ego*, la función del inconsciente, el alcance y significado de la sexualidad, son redefinidos de tal forma que sus connotaciones más explosivas quedan eliminadas completamente. En definitiva, los neofreudianos caen en las redes positivistas. La supe-ditación y subordinación de la teoría "metapsicológica" a la terapia psicoanalítica con el consiguiente deterioro conceptual de la primera en favor de esta última, supone la claudicación ante las presiones metodológicas positivistas que "gobiernan" nuestra sociedad. La "metapsicología", la teoría filosófica freudiana al depender ahora de los resultados positivos clínicos pierde todo su potencial crítico. Los elementos contrapuestos quedan paliados y asumidos armónicamente. *"El carácter de la filosofía revisionista se muestra fuerte en la asimilación de lo positivo y lo negativo, la promesa y su traición. Las afirmaciones absorben a la crítica. Se deja al lector con la convicción de que los "valores más altos" pueden y deben ser practicados dentro de las mismas condiciones que los traicionan —y pueden ser practicados porque el filósofo revisionista los acepta en su forma ajustada e idealizada, sobre los términos del principio de la realidad aceptado"* <sup>9</sup>.

El factor "biológico" como elemento "trascendente" desde el que Freud critica y repele nuestra sociedad obliga a los revisionistas a recurrir y resucitar los antiguos valores, constantemente elogiados por la ética idealista: el amor, la felicidad, la productividad, la responsabilidad, etc. El desplazamiento de la dimensión "biológica" a la cultural o espiritual borra y oculta las auténticas dimensiones del hombre y de la sociedad misma. Las objeciones a Freud, constantemente repetidas por los neofreudianos, las resume Marcuse del modo siguiente: *"Freud ha subestimado grandemente el grado en el cual el individuo y su neurosis están determinados por conflictos con su medio ambiente. La "orientación biológica" de Freud lo llevó a concentrarse en el pasado filogenético y ontogenético del individuo: él consideraba que el carácter quedaba esencialmente fijado al quinto o sexto año (si no antes) e interpretó el destino del individuo dentro de los términos de los instintos primarios y sus vicisitudes, especialmente la sexualidad"* <sup>10</sup>. Los revisionistas ofuscados por la positividad terapéutica deslizan el acento del pasado al presente, de la base biológica a la cultural, de la "constitución" del individuo al ambiente, de los instintos al "yo", de la libido a las "relaciones humanas". De este modo, el "sujeto" mutilado del psicoanálisis se transforma en una personalidad compacta y total en abierta relación con su mundo y su sociedad.

En esta orientación se interponen elementos objetivos y subjetivos con la máxima libertad y sin diferenciar con precisión los niveles biológicos, psicológicos, sociológicos, morales, etc. En definitiva los revisionistas neofreudianos al rechazar el armazón conceptual desde el que Freud construye su edificio psicoanalítico no pueden soslayar el peligro de hacer suyo el lenguaje de la ideología prevaeciente. Por tanto, la crítica neofreudiana de la sociedad no lleva a un cuestionamiento radical de la misma por separarse de los cauces que la harían posible. O lo que es igual, utilizando las mismas palabras de Mar-

(9) *Ibid.*, p. 239.

(10) *Ibid.*, pp. 227-228.

cuse: *“La suplementación revisionista de la teoría freudiana, especialmente su adición de los factores culturales y del medio ambiente, consagran una imagen falsa de la civilización y particularmente de la sociedad actual. Al minimizar la extensión y profundidad del conflicto, los revisionistas proclaman una solución falsa pero fácil”*<sup>11</sup>.

En la atención puesta por los psicoanalistas neofreudianos en la cura terapéutica individual puede apreciarse hasta qué punto los revisionistas se emparentan con el sistema, al que desde otra perspectiva, atacan y critican sin cuestionar en ningún caso las bases sobre las que se sustenta. Soslayan la base biológica freudiana del psicoanálisis, en la ilusión de actuar “humanísticamente”, en el sentido de una regeneración moral. El psicoanálisis es suplantado por la moral y la religión. Como en otros momentos de la especulación idealista conformista, la brutalidad de la represión social se transforma en un “problema moral” y espiritual. *“Estas diversas revisiones aparecen ahora con su consistencia lógica: una se vincula con la otra; la totalidad puede ser resumida como sigue: la “orientación cultural” se enfrenta a las instituciones y relaciones sociales como productos terminados con la forma de entidades objetivas —hechos dados más que producidos. Su aceptación con esta forma demanda el deslizamiento del acento psicológico de la infancia a la madurez, porque sólo en el nivel de la conciencia desarrollada se hace definible el ambiente cultural como elemento determinante del carácter y la personalidad por encima del nivel biológico. Conservando sólo el juego hacia abajo del nivel biológico, la mutilación de la teoría del instinto, hace a la personalidad definible en términos de valores culturales objetivos, divorciados del terreno represivo que niega su realización. Para poder presentar estos valores como libertad y realización, tienen que ser expurgados del material del que fueron hechos y la lucha por su realización tiene que ser convertida en una lucha espiritual y moral”*<sup>12</sup>.

Por todo ello, el revisionismo neofreudiano queda invalidado, según H. Marcuse, para penetrar las raíces explicativas últimas del hombre y nuestra civilización. El revisionismo, en contra de lo que creen sus representantes, no es un paso hacia adelante en el acontecer histórico crítico, sino una vuelta a la restauración de ciertos elementos que mostraron su incapacidad para entender y resolver el problema humano.

#### **b) El “biologismo” freudiano como teoría social.**

El revisionismo neofreudiano, pese a la acogida recibida en ciertos ambientes americanos y europeos, se ha mostrado impotente, tanto a nivel de planteamientos como conceptual, para continuar la obra crítica emprendida por Freud. La terminología como los principios sobre los que descansaba el edificio antropológico freudiano desentonaban con las creaciones de inspiración idealista que habían acompañado el devenir histórico cultural de occidente. Los revisionistas, impresionados por el aldabonazo crítico y creador de Freud, creyeron haber encontrado el instrumento analítico más idóneo de cara a aclarar la incógnita del ser humano. Más la utilización que éstos hacen de Freud está mediatizada, con la deformación consiguiente que lleva consigo toda mediación, por todo el bagaje ideológico

(11) *Ibid.*, p. 230.

(12) *Ibid.*, pp. 249-250.

que Freud combate y critica en su obra tardía. Es decir, los revisionistas hacen suyo a Freud destruyendo sus hipótesis más audaces y trasmutando su lenguaje explosivo en otro más conciliador y condescendiente con las formas culturales vigentes.

Para Marcus solamente sabremos entender el lenguaje psicoanalítico y toda la problemática que encierra, si hacemos una lectura directa del mismo Freud sin necesidad de recurrir a la interpretación, con todo lo que supone de manipulación, de las escuelas revisionistas. Aún más, en la actualidad no se puede aceptar a Freud si al mismo tiempo no se adopta una actitud de oposición abierta a los planteamientos revisionistas<sup>13</sup>. Mientras las posiciones revisionistas emparentan el lenguaje psicoanalítico con la pasividad del *statu quo*, el psicoanálisis freudiano conecta, sin proponérselo, con las dinámicas fuerzas progresistas. *"Confrontada con las escuelas revisionistas, la teoría de Freud asume ahora un nuevo significado: revela más que nunca la profundidad de su crítica y —quizá por primera vez— los elementos contenidos en ella que trascienden el orden prevaleciente y que ligan la teoría de la represión con la de su abolición"*<sup>14</sup>.

El procedimiento metodológico de Freud para llevar la teoría del nivel de la conciencia a la inconsciencia, de la personalidad a la infancia, del individuo al proceso genérico, le permite escapar y soslayar cualquier tipo de positividad. La teoría avanza de la superficie a la profundidad, de la persona establecida y condicionada a sus fuentes y recursos más originarios. *"Este movimiento era esencial para la crítica que Freud hace de la civilización: sólo a través de la "regresión" detrás de las formas mistificadoras del individuo maduro y su existencia privada y pública descubrió su negatividad básica en los cimientos sobre los que descansa. Es más, sólo empujando su regresión crítica hasta los más profundos yacimientos biológicos pudo elucidar Freud el contenido oculto de las formas mistificadoras y, al mismo tiempo, el alcance total de la represión civilizada. Identificar la energía de los instintos de la vida como líbido significa definir su gratificación en contradicción con el trascendentalismo espiritual: la idea de Freud de la felicidad y la libertad es eminentemente crítica en tanto que es materialista: protesta contra la espiritualización de los deseos"*<sup>15</sup>. Aún más, la grandeza de la forma de proceder freudiana en el ámbito psicoanalítico queda manifiesta en la carga significativa que impregna a sus conceptos. Estos, sin dejar su sello psicológico peculiar, rompen su propio ámbito para devenir y convertirse en conceptos sociológicos y políticos. La fluidez del aparato crítico conceptual de Freud se convierte, así, en un instrumento de primera magnitud en el estudio, siempre incompleto, del hombre y su cultura.

La concepción del hombre que subyace en la teoría freudiana es, sin lugar a dudas, una de las críticas más severas dirigida contra la civilización occidental. Pero, paradójicamente y al mismo tiempo, es su más firme defensa<sup>16</sup>.

Según los planteamientos de Freud, *"la historia del hombre es la historia de su repre-*

(13) *Ibid.*, p. 19.

(14) *Ibid.*, p. 221.

(15) *Ibid.*, p. 249.

(16) *Ibid.*, p. 25.

sión" <sup>17</sup>. La cultura penetra no sólo en las esferas más "nobles" del ser humano sino también en aquellas que la tradición cultural occidental infravaloró: las esferas materiales. La cultura deja su huella restrictiva tanto en el nivel social como en el biológico. Los efectos represivos afectan no solo a las partes más elevadas del hombre sino a sus mismas estructuras instintivas. Ahora bien, tal restricción es condición indispensable para el progreso. Los instintos dejados a la intemperie de cualquier medida coercitiva rompen todo tipo de asociación y preservación duradera. Las fuerzas instintivas incontroladas y dejadas a la libre espontaneidad "*destruirían incluso lo que unen*" <sup>18</sup>. Por tanto existen incompatibilidades entre los objetivos primarios de los instintos y la civilización. O lo que es igual, la civilización se pone en marcha cuando las satisfacciones integrales de las necesidades son abandonadas.

El cambio producido en las fuerzas instintivas bajo el peso de la civilización, Freud lo describe a través de dos principios: el principio del *placer* y el principio de *realidad* <sup>19</sup>. La vida del individuo se despliega en una doble dimensión cada una de las cuales posee sus peculiaridades propias. La diferencia de estas dimensiones es simultáneamente genético-histórica y estructural. El inconsciente, regido por el principio del placer, en un primer momento, era la única "clase del proceso mental". La tendencia más originaria está orientada exclusivamente a la obtención de placer. Pero el principio del placer sin ninguna restricción pronto choca con el ambiente hostil natural y humano. El medio opone resistencia a la gratificación total con lo que el individuo se retrotrae. Tras esta experiencia traumática, un nuevo principio mental toma consistencia progresivamente: el principio de realidad. El principio de realidad acota las tendencias plancenteras ocasionando el siguiente cambio:

de:	a:
satisfacción inmediata	satisfacción retardada.
placer	restricción del placer.
gozo (juego)	fatiga (trabajo).
receptividad	productividad.
ausencia de represión	seguridad <sup>20</sup>

El principio del placer queda absorbido por el principio de realidad: "*La interpretación psicoanalítica revela que el principio de la realidad provoca un cambio no solo en la forma y duración del placer sino en su misma sustancia. El ajustamiento del placer al principio de la realidad implica la subyugación y desviación de las fuerzas destructivas de la*

(17) *Ibid.*, p. 25.

(18) *Ibid.*, p. 25.

(19) "En 1911 Freud publicó un brevísimo trabajo denominado *El doble principio del acaecer psíquico*, y desde entonces la distinción entre el principio del placer y el principio de realidad no ha dejado de informar la teoría psicoanalítica". A. ESCOHOTADO: *Marcuse: Utopía y razón*, Madrid 1969, p. 32.

(20) MARCUSE, H.: *Eros y civilización*, p. 26.

*gratificación instintiva, de su incompatibilidad con las normas y relaciones sociales establecidas, y, por lo mismo, implica la transustanciación del placer mismo*"<sup>21</sup>.

Bajo el principio del placer, el ser humano, que apenas había sido algo más que un haz de impulsos animales, se convierte, con la consolidación del principio de la realidad, en un "ego organizado". Aprende a luchar por lo útil y lo que menos sacrificio puede proporcionarle. Sus facultades mentales como la atención, la memoria y la razón quedan acotadas. De este modo llega a ser un sujeto pensante supeditado a una racionalidad impuesta desde el exterior. A excepción de la fantasía que permanece ligada al principio del placer, todo el aparato mental está subordinado al principio de la realidad. Con la consolidación de las facultades mentales y prácticas bajo el principio de realidad el hombre deja de "poseerse" y "sentirse" como una entidad libre. Sus deseos como los cambios de la realidad ya no responden tanto a sus "inclinaciones naturales" cuanto a las exigencias de la organización social. Y la organización social siempre modifica y reprime las necesidades instintivas originales. Por ello dice Marcuse: *"Si la ausencia de represión es el arquetipo de la libertad, la civilización es entonces la lucha contra esta libertad"*<sup>22</sup>.

La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad es el acontecimiento más trascendental que se ha dado en el desarrollo del hombre. Toda la historia humana queda marcada por este suceso traumático, y ello —como mostraremos— tanto filogenética como ontogenéticamente. La represión ejercida sobre los instintos por el principio de la realidad es mantenida y reforzada por las condiciones propias de "la lucha por la existencia". El estado de menesterosidad y escasez enseñan al hombre la imposibilidad de encontrar un cauce gratificador instintivo pleno y libre para vivir de acuerdo con el principio del placer. El reforzamiento de la estructura instintiva tiene así un motivo *"económico; puesto que no tiene los medios suficientes —escribe Freud— para sostener la vida de sus miembros sin que estos trabajen por su parte, debe vigilar que el número de estos miembros sea restringido y sus energías dirigidas lejos de las actividades sexuales y hacia su trabajo"*<sup>23</sup>. Para H. Marcuse esta concepción es tan antigua como la civilización misma. Ella fue el pilar en el que se apoyó la racionalización de la represión. El mismo Freud no pudo separarse de esta ideología al considerar "eterna" la *"primordial lucha por la existencia"*. El principio del placer y el principio de realidad son, según Freud, "eternamente" antagónicos. Por tanto, es imposible pensar una civilización no represiva según los planteamientos freudianos. Pero, según Marcuse, la teoría de Freud contiene elementos que rompen sus misma racionalización. La descripción del hombre freudiano no elude el desgarramiento y la ruptura antitéticos entre libertad y felicidad por un lado y civilización y sociedad por otro. Son dos mundos contrapuestos. Pese a las obstrucciones del principio de realidad, las tendencias hacia la plena gratificación no son amputadas totalmente. *"De acuerdo con la concepción de Freud la ecuación de libertad y felicidad convertida en tabú por el consciente es sostenida por el inconsciente. Su verdad, aun-*

(21) *Ibid.*, p. 27.

(22) *Ibid.*, p. 28.

(23) Citado en *Ibid.*, p. 30.



que rechazada por el consciente, sigue fascinando a la mente; preserva el recuerdo de estados pasados..."<sup>24</sup>.

Si la facultad mental de la "memoria" ha sido tan valorada en el psicoanálisis no es tanto, según la opinión de Marcuse, por su valor instrumental y terapéutico, como por tener la específica función de guardar y preservar promesas y facultades que son traicionadas por el hombre maduro civilizado. El principio de la realidad bloquea y restringe constantemente la facultad cognoscitiva de la memoria por su relación con la experiencia de un pasado feliz. La liberación psicoanalítica como facultad de conocimiento rompe en mil pedazos la racionalidad del individuo reprimido. Ahora los impulsos e imágenes de la niñez recobran un nuevo cauce de conocimiento que afirman la verdad que la razón niega. *"La regresión asume una función progresiva. El pasado redescubierto proporciona niveles críticos que han sido convertidos en tabús por el presente. Más aún, la restauración de la memoria está acompañada de la restauración del contenido cognoscitivo de la fantasía... El peso de estos descubrimientos deben destrozar con el tiempo el marco dentro del que fueron hechos y al que fueron confinados. La liberación del pasado no termina con la reconciliación con el presente. Contra el restringimiento personalmente impuesto del descubridor, la orientación hacia el pasado tiende hacia una orientación hacia el futuro. La recherche du temps perdu llega a ser el vehículo de la futura liberación"*<sup>25</sup>.

Marcuse encauza sus análisis por esta tendencia oculta en el psicoanálisis. La mirada retrospectiva hacia el pasado, siguiendo a Freud, se mueve en dos niveles distintos: el ontogenético y el filogenético. Es decir, el estudio freudiano aborda dos frentes: a) el análisis del crecimiento reprimido desde sus primeros pasos inconscientes a su madurez social consciente. b) El análisis del crecimiento de la civilización represiva desde la primera familia primitiva hasta el momento presente de civilización. A través de estos dos niveles Freud dilucidó el desarrollo del aparato mental represivo. Marcuse encuentra en estos análisis freudianos la respuesta más coherente del estado represivo de la civilización. Por ello mismo no tiene ningún reparo en hacerlos suyos constituyéndolos en base y soporte de su propio pensamiento. O lo que es igual, Marcuse lleva hasta sus últimas consecuencias la teoría inconclusa freudiana.

## **RECUPERACION DE LA LIBERTAD: MAS ALLA DEL PRINCIPIO DE LA REALIDAD ESTABLECIDO**

La vida del hombre se desenvuelve históricamente bajo un principio de realidad contrapuesto y negador del principio que recoge los intereses más genuinamente humanos: *el principio del placer*. La historia del hombre y la civilización están marcadas por el sello del sufrimiento, la explotación y la represión. La historia humana hasta el momento presente es la historia de la enajenación. La civilización ha sido modelada bajo un estado de escasez y miseria. Freud creyó que las exigencias de la civilización eran incompatibles con las tendencias placenteras del hombre. Por tanto, el avance en la línea civilizadora implica,

(24) *Ibid.*, p. 31.

(25) *Ibid.*, pp. 31-32.

según esta opinión, un estado permanente de represión y coerción sobre los instintos. La modificación de esta dialéctica de la civilización supondría el caos y la destrucción misma de la humanidad. La idea de un principio de la realidad no represivo Freud la considera inviable, ya que la sexualidad esencialmente es antisocial y la destructividad es la manifestación de un instinto primario.

El gran error de Freud, según la interpretación de Marcuse, consiste en haber dado al principio de la realidad unos caracteres inmutables. O lo que es igual, Freud construye su crítica sobre la civilización y los instintos bajo el prisma del principio de la realidad constituido. Sin duda alguna, Freud habría llegado a conclusiones muy distintas si hubiera relativizado el principio de la realidad vigente. Freud *"identifica prácticamente el principio de la realidad establecido (por tanto, el principio de actuación) con el principio de la realidad como tal. Consecuentemente, su dialéctica de la civilización perdería su finalidad si el principio de actuación se revelara a sí mismo sólo como una forma histórica específica del principio de la realidad. Más aún, puesto que Freud identifica también el carácter histórico de los instintos con su "naturaleza", la relatividad del principio de actuación afectaría inclusive a su concepción básica de la dinámica instintiva entre Eros y Tanatos: su relación y su desarrollo será diferente bajo un principio de la realidad diferente"*<sup>26</sup>.

La posibilidad de una sociedad no represiva la deduce Marcuse de la teoría freudiana de los instintos. Marcuse, al margen de las conclusiones que llega Freud, hace un nuevo esfuerzo interpretativo de las vicisitudes históricas de los instintos. Dicho objetivo implica una nueva valoración de la relación antagonica que ha prevalecido entre los dos principios básicos a los que está sujeta la existencia humana. Para Freud, el conflicto de dichos principios es inevitable, sin embargo un estudio atento de su misma teoría da pie a la duda de dicha inevitabilidad. El conflicto, tal y como es asumido en la civilización, viene provocado y perpetuado por la *ananke*, la lucha por la existencia. La gratificación integral es imposible en una situación caracterizada por la escasez y la falta de medios. La lucha por la existencia obliga, por tanto, a la modificación represiva de los instintos. Si esto responde con fidelidad a la teoría freudiana, entonces Marcuse es abocado a derivar que *"la organización represiva de los instintos en la lucha por la existencia se debe a factores exógenos—exógenos en el sentido de que no son inherentes a la "naturaleza" de los instintos, sino que son producto de las específicas condiciones históricas bajo las que se desarrollan los instintos"*<sup>27</sup>.

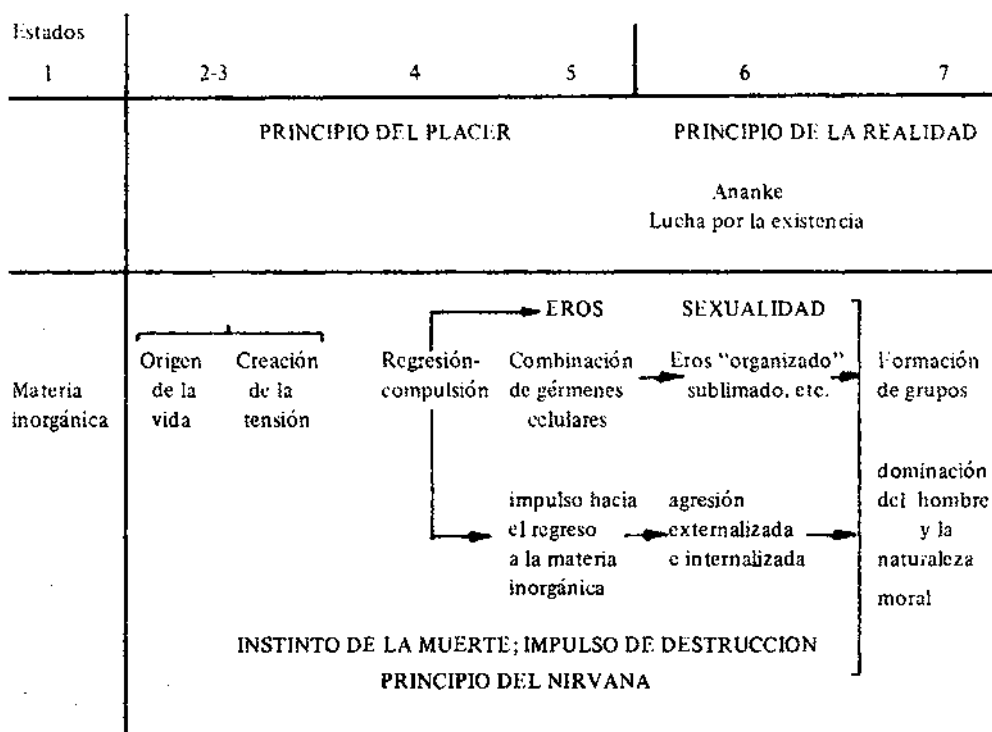
En el devenir de la consolidación instintiva, Marcuse distingue dos niveles: el nivel biológico filogenético y el nivel sociológico. Al primero corresponde el desarrollo del hombre animal en su lucha con la naturaleza; al segundo el desarrollo de los individuos en la lucha contra su medio y contra sí mismos respaldados por los principios que establece la civilización. Freud confunde los dos niveles, lo cual es un desacierto. Bien es verdad que los dos niveles están en constante e inseparable interacción, pero ello no nos puede nublar la visión para distinguir en el segundo nivel aspectos nuevos respecto al primer nivel. Por tanto es obligado ver los distintos niveles desde distinta óptica, ya que los factores correspon-

(26) Ibid., p. 128.

(27) Ibid., p. 129.

dientes al segundo nivel "son más relativos, pueden cambiar con mayor rapidez y sin poner en peligro ni invertir el desarrollo del género... Los dos factores han crecido juntos en la historia de la civilización. Pero su unión ha llegado a ser, desde hace mucho, "antinatural" y lo mismo ha pasado con la "modificación" opresiva del principio del placer por el principio de la realidad. La negación consistente de Freud de la posibilidad de una liberación esencial del primero, implica la imposición de que la escasez es tan permanente como la dominación —una suposición que parece dar por admitido el punto que se discute. Gracias a esta suposición, un hecho extrínseco obtiene la dignidad teórica de un elemento inherente a la vida mental, inherente inclusive en los instintos primarios"<sup>28</sup>.

Marcuse ilustra con el siguiente diagrama<sup>29</sup> la construcción de la dinámica instintiva básica freudiana:



El diagrama recoge una secuencia histórica que tiene como punto de partida la aparición de la vida orgánica (estados 2 y 3), pasa por un estadio formativo de los instintos primarios (5) y culmina en el desarrollo "modificado" del aparato instintivo bajo el peso de la civilización (6 - 7). Los puntos más significativos en que se producen cambios de gran repercusión corresponden a los estados 3 y 6. Ambos cambios están provocados por factores exógenos, en virtud de los cuales la consolidación como la posterior dinámica instintivas, tienen lugar dentro de las coordenadas históricas.

(28) Ibid., pp. 130-131.

(29) Ibid., p. 135.

En cuanto al primer cambio correspondiente al estado 3 viene provocado por el factor exógeno de la "irremediable tensión" que surge con el nacimiento de la vida orgánica. La triste "experiencia" de que la vida es más dolorosa y menos satisfactoria que el estado precedente de la materia inerte y la vida intrauterina genera el instinto de la muerte como el impulso que tiende a aliviar esa tensión y malestar mediante la regresión. El instinto de muerte nace como consecuencia del trauma de la frustración primaria: la necesidad y el dolor están determinados por un suceso geológico - biológico.

El segundo cambio, fijado en el diagrama en el estado 6, tiene unas peculiaridades muy distintas al cambio primero, ya no es geológico - biológico: este cambio tiene lugar en las "puertas" de la civilización. La *ananke* o lo que es igual la escasez y la lucha por la existencia es el factor exógeno. A partir de este momento se pone en marcha, bajo el peso de la escasez, rígidos controles represivos de los instintos sexuales (en una primera fase mediante el despotismo del padre original, y en una fase posterior mediante la institucionalización e internalización) y se transforma el instinto de muerte en agresión y en moral socialmente útiles. La nueva organización de los instintos crea las grandes pautas de la civilización: la división del trabajo, el progreso, la "ley y el orden". Pero al mismo tiempo lleva hacia la decadencia y debilitamiento de *Eros* y al fortalecimiento progresivo de la agresividad y el sentimiento de culpa.

Supuesto esto, ¿cabe la posibilidad de una civilización no represiva?, o lo que es igual, ¿es posible una modificación en los instintos sexuales y agresivos? *"En las condiciones biológicas - geológicas que Freud asumió para la sustancia viviente como tal, no podía imaginarse un cambio así; el nacimiento de la vida sigue siendo un trauma, y así el reino del principio del Nirvana parece ser inmovible. Sin embargo, las consecuencias del instinto de la muerte sólo operan junto con los instintos sexuales; en tanto crezca la vida, el primero permanece subordinado a los últimos; el destino del destructor (la "energía" de los instintos destructivos) depende del de la libido. Consecuentemente, un cambio cualitativo en el desarrollo de la sexualidad debe alterar necesariamente las manifestaciones del instinto de la muerte"*<sup>30</sup>

Así pues, las respuestas a nuestras preguntas son afirmativas: las posibilidades que ha desarrollado el principio de actuación bajo una situación represiva implacable abre el camino de una nueva civilización, posibilitando, por consiguiente, un nuevo cambio, en este caso liberador, en la base instintiva. El principio de la realidad establecido (el principio de actuación) resulta inútil en las nuevas circunstancias. Marcuse es consciente de las dificultades de adaptación de la estructura mental arcaica al nuevo ambiente, pero *"mientras el primer punto de partida fue, de acuerdo con la hipótesis freudiana, un suceso en la historia geológica, y mientras el segundo ocurrió al principio de la civilización, el tercer punto de partida será localizado en el más alto nivel de civilización obtenido. El actor en este suceso no será ya el hombre animal histórico, sino el sujeto consciente, racional, que ha dominado y se ha apropiado el mundo objetivo como el campo de su realización"*<sup>31</sup>. Dentro de estas circunstancias el principio del placer y el principio de la realidad se concilian, al

(30) *Ibid.*, p. 135.

(31) *Ibid.*, p. 146.

mismo tiempo que establecen las bases de una nueva civilización: la civilización en paz y en libertad exenta de todo tipo de represión mutiladora. Igualmente el antagonismo de Eros y Tánatos quedaría roto abriéndose ante ambos un mismo objetivo: la gratificación "en un presente totalmente satisfactorio"<sup>32</sup>.

## LAS PREFIGURACIONES DE LA LIBERTAD PLENA

Ante la posibilidad de un nuevo principio de la realidad liberador, debemos rastrear y escrutar, con Marcuse, aquellas fuerzas mentales, que bajo la protección y el cobijo del inconsciente, se resistieron, en la larga marcha de la civilización, a sucumbir de las acometidas del principio de la realidad represivo: nos referimos a la imaginación y la fantasía.

Otra de las grandes facultades como la razón no siguió la misma suerte. Es decir, la razón fue bloqueada por el principio de la realidad quedando reducida a nivel meramente instrumental al servicio de los intereses de poder<sup>33</sup>. Al mismo tiempo fue separada, tras recibir el espaldarazo de facultad por antonomasia, de otras esferas como la sensualidad y el placer. A partir de este momento, lo que había constituido una unidad quedó brutalmente separado y reducido a un dualismo de fuerzas mentales en el que quedaron sellados como fuerzas superiores (el ámbito de la razón) y fuerzas inferiores (el ámbito de los sentidos)<sup>34</sup>.

El ámbito de la razón, tras su domesticación y puesta a punto al servicio de la civilización, aparece como antagonista a los intereses de la sensualidad y del placer. "Sin embargo, el dominio de la razón represiva (teórico y práctico) nunca fue completo: su monopolio del conocimiento nunca quedó sin respuesta. Cuando Freud subrayó el hecho fundamental de que la fantasía (la imaginación) guarda una verdad que es incompatible con la razón, estaba siguiendo una larga tradición histórica. La fantasía es cognoscitiva en tanto que preserva la verdad del Gran Rechazo, o, positivamente, en tanto que protege, contra toda razón, las aspiraciones de una realización integral del hombre y la naturaleza que son reprimidas por la razón. En el campo de la fantasía, las imágenes irrazonables de libertad llegan a ser racionales, y los "bajos fondos" de la gratificación instintiva asumen una nueva dignidad. La cultura del principio de actuación se inclina ante las extrañas verdades que la imaginación mantiene vivas en el arte popular y los cuentos de hadas, en la literatura y el arte; ellas han sido interpretadas con aptitud y han encontrado su lugar en el mundo popular y el académico. Sin embargo, el esfuerzo por derivar de estas verdades el contenido de un principio de la realidad válido que sobrepasar a al prevaleciente ha sido enteramente inconsecuente"<sup>35</sup>.

Las grandes creaciones de la fantasía, expresadas en el abigarrado campo del arte, contienen, bajo un ropaje simbólico, un mensaje de liberación que rompe con toda medida de represión y tiende a la armonización y a la conciliación de elementos contrapuestos. La

(32) *Ibid.*, p. 217.

(33) Cf. M. HORKHEIMER: *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires 1973.

(34) MARCUSE, H.: *Eros y civilización*, pp. 106-123.

(35) *Ibid.*, pp. 153-154. Cf. P. MASSET: *El pensamiento de Marcuse*, Buenos Aires 1972, pp. 56-58.

desconfianza y desconsideración que la civilización siempre mostró hacia la fantasía, obligó a ésta a expresarse en un lenguaje simbólico. El lenguaje directo de la imaginación, conteniendo alternativas concretas para la existencia humana, siempre recibieron las acometidas del poder por ser consideradas utópicas e infantiles. Por ello mismo hemos de proyectar nuestra mirada crítica sobre los grandes símbolos arquetípicos que nuestra civilización aceptó, y a aquellos otros que relegó a segundo plano. En ellos están contenidos los principios de la realidad represiva y también los de una realidad liberadora.

El héroe arquetípico que avaló, reconoció e hizo suyo nuestra civilización occidental fue Prometeo. Él simboliza la productividad y la lucha permanente por doblegar a todas las cosas, incluida la vida misma. En dicho empeño se mezcla el progreso y la fatiga, la bendición y la maldición. Prometeo es el embaucador y abnegado rebelde contra los dioses<sup>36</sup> que crea la cultura al precio del sacrificio y el dolor perpetuo. Por eso, Prometeo, ha llegado a ser la figura arquetípica de nuestra civilización y, por consiguiente, del principio de actuación establecido. La mujer como símbolo de la felicidad y el placer no tiene cabida en el mundo ascético prometeico. Pandora, como principio femenino de la sexualidad y el placer, aparece como destructora y como maldición dentro del mundo de Prometeo. Las promesas que representa la mujer están hundidas y echan raíces en el suelo movedizo de la fatalidad y el fracaso. El principio de la realidad represivo que representa simbólicamente Prometeo no tolera la pasividad e improductividad de las mujeres: "...ellas son zánganos inútiles; un objeto de lujo en el presupuesto de un pobre"<sup>37</sup>.

Prometeo, como el gran héroe de la cultura, el trabajo, el progreso, la productividad, el esfuerzo y la fatiga, no encaja con el nuevo principio de la realidad liberador; él es más bien el mayor enemigo de dicho principio. Mas otros símbolos como Orfeo y Narciso, rechazados por nuestra civilización y preservados sólo en el campo inofensivo de la literatura, contienen una realidad muy diferente al principio de actuación establecido. Esta es la razón de que "*ellos no han llegado a ser los héroes culturales del mundo occidental: su imagen es la del gozo y la realización; la voz que no ordena, sino que canta; el gesto que ofrece y recibe; el acto que trae la paz y concluye el trabajo de conquistar; la liberación del tiempo que une al hombre con dios, al hombre con la naturaleza*"<sup>38</sup>.

El mundo que representa Prometeo es incompatible con el mundo que cantan Orfeo y Narciso. Aquel es un mundo de dominación, hostilidad, renuncia, división, explotación, manipulación y esclavitud, éste, por el contrario, es un mundo de libertad, reconciliación, gratificación, alegría, paz y realización. Ahora bien, las imágenes de los héroes culturales prometeicos avalan el sistema establecido y reciben de éstos el apoyo y la consistencia al representar unos contenidos reales y útiles. Justamente todo lo contrario de las imágenes órficas, las cuales son relegadas a un mundo de irrealidad y de utopía sólo aceptables en el campo ilusorio del arte, pero más allá del cual dejan de tener consistencia.

Marcuse entiende que el lenguaje órfico es tan real como el prometeico, sólo que éste recibió los beneplácitos del principio represivo de actuación y aquel fue relegado y com-

(36) Cf. K. MARX: *Diferencia de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro*. Madrid 1971, p. 11.

(37) Citado en H. MARCUSE: *Eros y civilización*, p. 155.

(38) *Ibid.*, p. 155. Cf. J.M. PALMIER: *En torno a Marcuse*, Madrid 1969, pp. 159-165.

batido por contener un mensaje que haría estallar las bases sobre las que se apoya nuestra civilización. El esfuerzo de Marcuse está encaminado en sacar a relucir las realidades a que se refieren dichos símbolos con el fin de hacer un desplazamiento del monopolio exclusivo del arte a la arena de la política y la vida cotidiana. *“La experiencia del mundo órfico y narcisista niega lo que sostiene el mundo del principio de actuación. La oposición entre el hombre y la naturaleza, el sujeto y el objeto, es superada. El ser es experimentado como gratificación, que une al hombre y la naturaleza de tal modo que la realización del hombre es al mismo tiempo la realización, sin violencia de la naturaleza. Al hablarles así y al amarlos y cuidarlos, las flores, la primavera y los animales aparecen como son: bellos, no sólo para aquellos que les hablan y los veneran, sino para sí mismos, “objetivamente”. “Le mond tend à la beauté”. En el Eros órfico y narcisista, se libera esta tendencia: las cosas de la naturaleza llegan a ser libres para ser lo que son. Pero para ser lo que son dependen de su actitud erótica: reciben su telos sólo de ella. La canción de Orfeo pacifica al mundo animal, reconcilia al león con el cordero y al león con el hombre. El mundo de la naturaleza es un mundo de opresión, crueldad y dolor como lo es el mundo humano; como éste, espera su liberación. Esta liberación es la obra de Eros. La canción de Orfeo rompe la petrificación, mueve a los bosques y las rocas —pero los mueve para participar del placer”<sup>39</sup>.*

Tanto Orfeo como Narciso se resisten a admitir un mundo escindido. Por eso, ellos rechazan el principio de realidad vigente y son símbolo de otras realidades contenedoras de un nuevo principio de realidad. Ellos, al mismo tiempo que se oponen al orden del mundo constituído, abogan por otro orden más alto y más justo. Ellos constituyen el símbolo de la resistencia a formas de vida que, aun cuando sean avaladas por la civilización, llevan el sello del dolor y la represión. Sus actitudes de rebeldía les conduce a la muerte: Narciso entrega su vida a las aguas cristalinas de un lago, y Orfeo es destrozado por las enloquecidas mujeres de Tracia<sup>40</sup>. *“Como Narciso, él (Orfeo) rechaza el Eros normal, no por un ideal estético, sino por un Eros más completo. Como Narciso, protesta contra el orden represivo de la sexualidad procreativa. El Eros órfico y narcisista es hasta el fin la negación de este orden: el Gran Rechazo. En el mundo simbolizado por el héroe cultural Prometeo, ellos son la negación de todo orden; pero en esta negación, Orfeo y Narciso revelan una nueva realidad, con un orden propio, gobernada por diferentes principios. El Eros órfico transforma al ser: domina la crueldad y la muerte mediante la liberación. Su lenguaje es la canción y su trabajo es el juego. La vida de Narciso es la de la belleza y su existencia es contemplación. Estas imágenes se refieren a la dimensión estética, señalándola como aquella cuyo principio de la realidad debe ser buscado y valorizado”<sup>41</sup>.*

(39) MARCUSE, H.: *Eros y civilización*, pp. 158-159. Cf. A. ESCOHOTADO: *Op. cit.*, pp. 64-65.

(40) MARCUSE, H.: *Eros y civilización*, pp. 155-157, 162-163.

(41) *Ibid.*, p. 163.